

FOTO DE UN CONTRABANDISTA CANSADO

La frontera estaba llena de cocodrilos con zapatos de charol y, si bien la mayoría permanecía sumida en profundísimo sopor, no pocos ejemplares se notaban lo bastante despejados como para poder departir en grupitos dispersos ya entre los escombros ya bajo las enormes ruedas de los camiones de mudanza cuando no - conviene sin embargo señalar que había sido esta la opción por la que menos se inclinaron aunque no hubo modo de saber si el estimarla en mucho menos de lo que era presumible esperar había que achacarlo a la timidez o, por el contrario, a la súbita clausura de la oficina de objetos perdidos - sobre las almenas de la torre de la catedral dejando escapar de tanto en tanto enormes risotadas que por una extraña reacción calificada por un hombrecillo harapiento que tocaba la lira a las puertas entornadas del invernadero como "efecto mariposa" iban a repercutir en un frenético aletear de las orejas de los elefantes alojados en un rincón del salón.

-Bajo el piano, exactamente - puntualizó una señora feísima -; mi marido, cuando bajó a recoger la botella de leche y los cruasanes para el desayuno, los vio.

-¿Es eso verdad?

-¡Que me caiga muerta ahora mismo!; es más, dijo que estaban ateriditos de frío.

-No, si eso no - y el señor que había hecho la pregunta agitó su mano amarillenta arremangando la nariz y sacudiendo muy deprisa la cabeza -; lo que me parece raro es que tenga usted marido.

-Ah - la señora fea pareció aliviada. Pero de súbito la recorrió un respingo e inquirió -: ¿y eso por qué?

-¡Cómo que por qué!

-Pues, caramba, porque...- y como aquejado de no se sabe qué arretrato, igual que accionado por un resorte, pegó un bote brioso desde su asiento y prorrumpiendo en un frenético brrrrr acompañado de un rítmico cabalgar dio una veintena de vueltas por la estancia para terminar, agotado y llorando muy copiosamente, cayendo en los brazos de una anciana que, irritada, lo abofeteó y:

-¡Vamos; dilo! - exigió.

-La señora es un coco - declaró con voz pastosa.

-¿Lo ves? - la anciana miraba en torno llena de orgullo mostrando en lo que una joven muy espabilada vino a especificar "es que se ríe" unas encías descarnadas y un par o tres de dientes amarillos -, ¿lo han visto todos?

Y agregó que pues sólo tenía cincuenta y cinco años; y que si no era increíble "cuando en mis tiempos todo era represión" aunque, eso sí, las letras las juntaba fatal y de aritmética andaba flojillo flojillo.

-Es lo malo de la educación actual - consideró un niño que no tendría más de tres años -, que a lo que más atención se presta es a que reafirmemos nuestra personalidad y nos sintamos seguros de nosotros mismos; pero...- se encogió de hombros poniendo los ojos en blanco y abriendo sus manecitas -, ¡sin una base científica ni humanística, ya me contarás!

-Cierto - otra persona que no se da detalle de si era de sexo masculino o femenino, y no porque hubiera en ella rasgo alguno que indujera al equívoco sino porque qué más da -: vamos hacia la civilización del absurdo.

-No crea - otra, persona también pero de la que no se sabe si tenía una pata de palo o un lunar en semejante parte.

-¿De verdad cree que no? - alguien.

-¡Oiga! - con acritud, echando el alto con el brazo estirado -, no empecemos con suspicacias. Que no crea se lo he dicho aquí - y señalaba a quien tuviera pata o lunar o ni lo uno ni lo otro - pero lo que yo crea o deje de creer, ¡a usted voy a decírselo!

-Hace usted muy bien - alguien que ya había hablado con anterioridad, lo que hace innecesario describirlo puesto que por la voz...nada pastosa...se le reconocerá -: decir qué se cree es más indecoroso que defecar en la vía pública.

-Más disgustos qué sí que puede dar.

La puntualización fue hecha por quien no siendo ni feo ni anciano, ni habiendo llorado ni abofeteado ni teniendo más de tres años era lo suficientemente peculiar si no en su aspecto sí en la forma de ser una presencia anodina como para resultar un ser exótico.

-Pero menos que no fornicar.

-¿Quién ha dicho eso?

-Yo, ¿sucede algo? - y quien tal respondiera alzó la cabeza y endureció el gesto.

-No se está manifestando contraria - pacificó un joven cuya presencia no se solicitó que fuera justificada -; la señora no sabe quién ha hablado porque estaba de espaldas.

-Si era sólo por eso la cosa cambia - una señora que vestía un delantal lleno de manchas -; disentir hubiera sido fatal.

-Una temeridad. ¿Quiere que ayude?

-No. Es un quehacer demasiado sangriento para usted, con esas manos; ¿a qué se dedica?

-Maquillo.

-Qué bonito.

-Cadáveres; pero puedo ir, poquito a poco, despiojando a los pequeños.

-No va a merecer la pena - desanimó un señor al que si bien era bastante alto hubieron todos, para mirarlo, de bajar la mirada -; y es lástima porque eran lindísimos - reflexionó pensativo un momento para continuar luego alejándose escaleras abajo.

-¡El pobre! - suspiró un técnico en informática -; ¿saben que ha perdido a toda su familia?

-Y hasta los muebles. Y el buen nombre de su limpiabotas tampoco lo encuentra; se murmura que incluso ha solicitado una audiencia con el sumo pontífice, aunque alguien debiera ocuparse de ir a buscar las guirnalas.

-Yo iré.

-¡Ah!, ¿sí? - se reveló una esposa muy posesiva -; pues en tal caso iré contigo: no estoy dispuesta a que vuelva a pasar lo que sucedió la última vez.

-¡La última vez, la última vez! - protestó entre toses un señor muy viejecito que se daba aire con una hoja de acelga -: la última vez no pusimos ningún tipo de adornos.

-Pero ella no puede acordarse, ¡es demasiado joven!... Ande, traiga, déjeme a mí o no terminaremos nunca; y el tiempo es oro, ¿no lo sabía?

-A lo mejor.

-Pero no se moleste - su mujer, afanada en arrancar te

rrones sanguinolentos con una pala -: es un conocimiento que casi nunca usa; se refugia en argumentar que con ser un verdadero portento en derrocharlo tiene ya suficiente.

-Y que no le falta razón, le advierto - esto no hubo manera de averiguar quién lo dijo, porque al solicitar datos que arrojasen luz sobre su configuración o sus modales todo el mundo se aprestó a hacer tirabuzones, y aunque las niñas intentaron escabullirse por entre las patas de las cebras las hicieron recitar -; que tal y como están las cosas el mundo es de los que no se amilanan.

Pero, ella, sin poderlo evitar, se amilanaba; se iba poco a poco encogiendo, asustada de no acertar a entender; achicándose ante su falta de pericia para atinar con un lugar y, por más que hacía memoria intentando recordar cómo habían hecho otros, todo cuanto le acudía se le antojaba impropio.

No quiso, sin embargo, resignarse al menos de momento a dejar ver que había perdido la esperanza; a permitir que los demás adivinaran que se sentía infeliz, que se conocía desprovista de los dones que le abrirían las puertas de un futuro que no por desconocer le estaba vedado imaginar y, así, cada mañana, al desprenderse de los brazos que le daban cobijo y eludir ver en el espejo su imagen con la que nunca estuviera conforme - y en alguna parte tenía otra, pero quien más quien menos cuando quería sonsacarles dónde se le escurrían con mil y una evasivas - hasta el extremo, incluso, de haber escondido el tapón del desagüe del lavabo porque el agua no la reflejara, no se decía "qué es la vida sin alguna dificultad que superar" luciendo en sus labios pálidos la más brillante de las sonrisas pero esboza**ba**, sí, la más estudiada de las muecas para asemejarse a aquellos que la hacían estremecer del terror tan antiguo que se remontaba, y había descubierto con un escalofrío de satisfacción que en mucho, a más allá del tiempo en que todavía no se había planteado si dar o no el consentimiento.

Habían sido, aquellos olvidados, unos despertares a pesar de los presagios tan oscuros aceptablemente gratos^{*}.

-¡No!, no no no - bramó entre dientes mordiendo la toalla deshilachada y envolviéndose en seguida la cabeza con ella para frotar con furia -, gratos no, eran eran eran -

pero desistió, tal y medio desnuda como estaba, ~~de~~ seguir es cudriñando la palabra clave, tirándola hecha un ovillo en un rincón sin inmutarse porque todos sus cabellos se habían quedado allí -¡vaya, ahora estoy calva! -, porque aquel hombre, allí fuera, por fortuna el cristal tan sucio de la ventana se había roto hacía mucho y nunca se pensó en reemplazarlo, tenía que saber*

en los que, lejos de las esclavitudes y de los estertos y jadeos a los que luego se viera en la necesidad de mostrarse cuando menos dispuesta en reconocimiento por haberle - a ella - permitido acceder a un confort - tampoco era confort pero se estaba empezando a desesperar y sin nada con que ocultar las piernas y brazos y todo lo demás y el hombre ya tan cerca - que si no era lo que había soñado era sí lo máximo a lo que no sólo ella sino tantas otras aunque el saberse nada más un número arrastrado al sacrificio sin odio la consolara apenas podían aspirar, había gozado de la libertad mínima para dejar volar aquella parte de su ser que no ostentando nombre ni rasgos que le confirieran la cualidad de identificable como propia sentía - ella - más suya que todo cuanto de daño o de hambre o de inclemencias su ciego instinto la forzase a resguardar

*y por la razón tan obvia de que era un desconocido no influenciado, un operario sin más honra que salvar que la de regresar a su darsena de vacío y con los albaranes estampados con las firmas y marcharse después a su casa a comer sin necesidad alguna de ignorar, de protestar ah señora yo no sé a mí nada más se me encarga de entregar..."¡pero si aquí nadie pidió!"...pues si no usted alguna otra persona de la casa..."vivo sola"...ese es un problema que usted misma habrá de solucionar..."¿problema?"

-Y se ríe, con ese gesto tan de mujer de echar la cabeza hacia atrás y meter los dedos por entre unos largos cabellos sedosos y ondulados; pero se da cuenta entonces de que ya no lo tiene, recuerda sin dolor que ahora está calva, y ríe con más gana porque si el hombre la está mirando no es fascinado por unos atractivos que ya no la atormentan, porque ella no piensa que sea, en absoluto, perentorio tener que solucionar ningún problema mas, como el hombre resopla cargando alternativamente el peso que sostiene ya en la pier

na derecha ya en la izquierda, se deja de sutilezas e invita a "puede dejarlo ahí"

• aún no pudiendo determinar con un margen de aproximación siquiera dónde residía el peligro.

-¿Dónde? - con el gesto suyo, el hombre, tan de aca rreador más que harto de que las señoras al decir ahí es tén no cuestionando que se entiende que exactamente entre el pedestal y el radiador.

"A pasarlo bien".

"Buen servicio". Y sin saber muy bien si se ha marchado mascullando maldiciones porque no le ha alargado unas monedas de propina regresa bajo las mantas aunque sabe muy bien que aun a pesar de la noche en vela que ha pasado no se podrá dormir por causa de que el golpetear, que de tan acompasado se había convertido en familiar, se ha transformado ahora en un enloquecedor entrecruzar de los más discordantes chirridos quebrados de bramidos y del parlotear en tono cada vez más elevado de aquella turbamulta estrafalaria que, ensoberbecida por la dignidad a que la denigra su repentina condición de "desheredados", no duda en desparramar por el entorno las inmundicias que segregan sus cuerpos ni, constituidos los componentes en horda acaudillada por rencores fraguados en rincones inexplorados del olvido, en derramar las hieles de sus mofas sobre el último reducto al que se retrajera acto seguido a, no renunciando enteramente a su característico humor ácido, declarar con un guiño "me retiro a mis cuarteles de invierno, lejos de las pompas del mundo".

Y todo "el mundo" había supuesto que aquello implicaría un desfilar de baules y porcelanas y coquetas y un descolgar de cortinajes y tapices y un trasegar desde entrepaños polvorientos a cajas ulteriormente encordadas de incunables y montañas de legajos; pero no, para sorpresa del vecindario que se quedó con tres palmos de narices, nada de lo que se presumiera inminente aconteció - "mañana mismo", había dicho y era mujer de palabra que cuando mandaba a buscar una libra de alubias o un cuartillo de aceite y en cargaba "di que mañana yo le pago" mañana era mañana sin falta - y ella prosiguió con su cotidiano vivir, con su rutina, y siguió entrando y saliendo más incluso si cabe que hasta entonces por su puerta de siempre ornada con un cora

zón de Jesús resplandeciente de Netol bien bruñido por el brazo enérgico de una prima política lejana - tonta ella "pobrecilla, lástima de criatura pero quien pudiera gozar de la bicoca así, que es una alhaja y no como la mayoría de sirvientas lenguaraces" se comentaba, que, como todos los escasos de luces, tenía una fuerza bruta que espantaba y una tenacidad digna de elogio en la realización de cuanta labor le fuese encomendada - a la casa en que continuó morando junto a esposo y suegra y anciano padre y cinco vástagos a cuyo lado otros tantos jenízaros pudiesen muy bien pasar por querubines coadyuvados en sus inocentes juegos - que a lo más que en cierta ocasión se prodigaron fue a hacer temblar los cimientos del edificio de ocho plantas porque, total, la vez que incendiaron la tienda de electrodomésticos lindante al almacén de productos químicos no pudo decirse por mor de la verdad que fuera nada puesto que los bomberos y protección civil se personaron de inmediato - por el laudable ajuntamiento incondicional de dos sobrinos y una ahijada que quedaron huérfana ella tras el terremoto que asolara el remoto país en que naciese hija de su hermanastra y de un extranjero con el que una vez que fueron a visitarlos por más visajes que entre todos hicieron no hubo forma alguna de entenderse y, ellos, desprotegidos cuando el padre - hermano del consorte y un rufián de siete suelas amén de un incorregible vago a más de ateo y traficante y, se murmuraba, proxeneta - puso pies en polvorosa no por haber sorprendido a su costilla cohabitando - era un sinvergüenza pero qué bienhablado - en el no tálamo porque matrimonio propiamente dicho nunca contrajeron pero sí lecho común adquirido a plazos en el lejano antaño en que le prometiera a la adúltera te voy a tener como una reina con el dueño de la funeraria y enloquecido de celos se ausentara sino por, temeroso y no vaya a pensarse que de Dios, escapar del sicario que no le dejaba ni a sol ni a sombra y que si demoraba el resolverse a llevar a buen término la comisión del delito que los ex-socios del futuro finado confiaran a su certera mano no era por otra cosa que el no fiarse ni un pelo de que una vez cumplida la misión en lugar de pagar como es de ley no fueran y lo delataran.

Y así estaban las cosas - rememoraba, la cabeza rely

ciente y dolorida - cuando, dejado para mañana lo que pudiera hacer hoy, que para qué si maldita falta la que estuviera haciendo el hacerlo jamás y sin tener curiosidad...encima, se rascó la mejilla y regresando a la habitación en desorden por meter los pies en los zapatos, que buena gana de lastimarse caminando por aquel basurero descalza, se dijo en voz innecesariamente alta:

-Tengo que ir.

¿Tenía?

No se hubiera dejado retorcer un brazo manteniendo que sí, pero iría de todos modos, ¡qué caramba!

-¿Una tacita de café?; está recién hecho.

Rehusó con un ademán suave sin poder reprimir, torciendo la cabeza porque no lo notaran, una contracción bajo los pómulos porque aquella obsequiosidad la desarmaba y, maquinalmente, se llevó la mano al estómago sintiendo que le iba a venir una arcada:

"Exactamente así - se dijo -, un plato cuyos ingredientes todos son admisibles pero, juntos, una bazofia que no ha de haber quien trague". Y en esta consideración se giró al canzando a columbrar a la mujer que deambulaba con la cafetera humeante en las manos y gritó "¡puñadito de sal!" y, al paje circunspecto que la acompañaba portando una bandeja con vasos y cucharillas que con la distancia no se arriesgaba a asegurar fueran de plata: "¡y tú, pimienta verde!" para, recapacitando que sal y pimienta eran conjugación en exceso potable, querer rectificar por...por...por...mas tardo tanto en venirle al caletre "vainilla" que al hacer el intento de desdecirse, el paje, sujetando en una sola mano la bandeja con una destreza que la dejó admirada, con la libre hizo el gesto inequívoco de "no se preocupe" y ella se consoló con el evasivo encogimiento de hombros de "bueno, tú lo has querido".

Hubo de salvar no pocos obstáculos por los que gateaban entre seres deformes hombres y mujeres entre quienes creyó reconocer - a muchísimos era plenamente conscientes de no haberlos visto con anterioridad - caracteres y caras y miembros que la dejaban intranquila, con sensación de consentidora de impresentable chapuza, de dejar pasar de largo sin haberles informado de qué les asignaba para que pudieran retoru

nar a su correspondiente todo cada cual informando satisfechos de "ya tenemos nombre" o, con cara radiante o una infame mueca de desánimo "nos ha tocado pata de cordero o lubina" o bien "nada más condimento, y optativo" antes de localizar, agotada y con los nervios de punta, el nido de los elefantes que, "¡como para fiarse!" musitó, no se habían amontonado en tierno abrazo donde indicara la chismosa de los cruasanes sino, que ¡cómo podrían encaramarse!, con mucho rebullir de hostilidades en la veleta del convento de los padres capuchinos.

Y entonces lloró.

Y no fue porque un lugar u otro modificase sustancialmente su estructura cerebral ni su pasado - ya se sabe que esas cosas suceden, consideró benévola aunque inflexible en su determinación de no secar sus lágrimas con nada ya que no estaba dispuesta a aceptar otra cosa que lino y si extendía su mano recogería en ella cualquier incongruencia, "aquí, aquí, aquí" y, luego "anda, me equivoqué" - ni porque el verlos tan frágiles agarrados con sus trompas hechas nudos a aquel gallo que se dejaba gobernar por eso tan voluble que es el viento la conmoviera y sumiese en consideraciones filosóficas - que la sumió, pero pudo soportarlo - acerca de la fugacidad de la existencia y del frenesí ciego con que imaginan estar a ella aferrándose las eventualidades que trasueñan gozarla.

No; no lloró por nada de eso aunque bien que se rependió con rudeza y "¿qué te pasa; es que tienes tu corazón tan endurecido?"..."¡sí!, ¿algo lo impide?", dando respuesta a un niño que vino a interferir en sus tribulaciones preguntando si podía hacer un castillo de arena; "pues que - replicó -, se ñora, no hay arena" y, cuando la creó, suelta y doradita para él bañada por un agua muy clara pero observando que el chico la miraba quieto quiso saber "¿no es de tu agrado?", "sí, pero ¿qué tal un cubito y una pala?", "tus deseos son órdenes para mí, granito de mostaza" y no le acarició la pelusilla de su cabecita porque le pareció un gesto muy estudiado y hasta cursi...sin abrir la boca para defenderse; lloró porque, había que reconocerlo, había sido una labor titánica y, total, para nada.

Para nada; sí. No había logrado nada diferente, algo

distinto jamás antes pensado por otra mente porque...
¿quién puede decir, honestamente, no haber visto nunca con la imaginación volar a un oso tocado con un casco de motorista, o a una madre pura delicadeza sacar los ojos a su hijito con un tenedor?...No, todo está ya pensado.

Porque todo está pensado ya y porque todas las combinaciones posibles de componentes imposibles ya están imaginadas - y si no lo están pueden estarlo en un instante, improvísese si no una piedra yendo a esconderse presurosa por huir de una patada - ella lloraba...lloraba y sus lágrimas no eran perlas, sus lágrimas eran sólo lágrimas.

*